

calibrite

colorchecker CLASSIC



FA-599-(9)

L.A

ACCIÓN ANTIMASÓNICA

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, Pbro.

DIRECTOR DE LA

REVISTA POPULAR

CON LICENCIA ECLESIAÍSTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

R. 25339

EL BUEN
COMBATÉ

1896

FA-599-(9)

LA
ACCIÓN ANTIMASÓNICA

POR

D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.

DIRECTOR DE LA

REVISTA POPULAR

CON LICENCIA ECLESIASTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

R. 25339

MCD 2022-L5

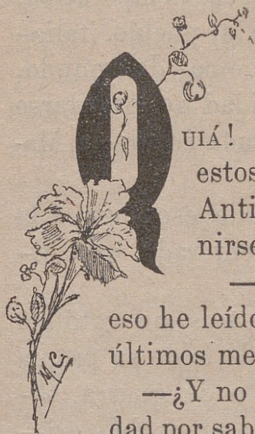
Es propiedad



LA ACCIÓN ANTIMASÓNICA

I

Motivo y ocasión del presente libreo



¡OH! ¿No habéis oído hablar estos días de un Congreso Antimasónico, próximo á reunirse en Trento?

—Sí, por cierto; algo de eso he leído en los periódicos de los últimos meses.

—¿Y no os ha entrado la curiosidad por saber de qué se trata con eso, y cuál pueda ser el objeto de las obras antimasónicas, de que se ocupa tiempo ha nuestra prensa, y una de las cuales es el referido Congreso?

—No, por cierto, si va á decir verdad; pues habéis de saber que á mí, como á tantos otros, nos tienen muy sin cuidado esas cosas.

—Demasiado, por cierto, y *d'axó plora la criatura*, como decimos en catalán.

—No os comprendo, á fe.

—Como tantas cosas no dan muestra de comprender ciertos católicos del día. Y tampoco tendréis noticia de una gravísima Encíclica que dirigió, poco tiempo atrás, Nuestro Santísimo Padre al pueblo italiano, y en él á todos los demás del mundo, encareciéndoles la necesidad de levantarse en general rebato y cruzada contra la Masonería?

—Algún run run oí de eso; pero á la verdad, no estoy muy enterado, que digamos.

—Pues, vamos, ¡que sois un católico singular, que nada sabe de lo de su propia casa! Sabedlo, pues. Grito de guerra, tañido de general rebato en el pueblo cristiano ha resonado tiempo ha sobre esto desde el más alto alcázar de él, que es el Vaticano.

Grito de guerra hemos dicho, y tañido

de general rebato; y no queremos se nos crea bajo nuestra palabra. Pronto irán los textos, que no nos dejarán mentir. Ellos dirán, á quien reposadamente sepa leerlos, si es ó no acertado nuestro calificativo.

Grito de guerra, volvemos á repetir, y tañido de general rebato; ¿y contra quién? ¿Contra quién ha de ser, sino contra el enemigo? ¿Y quién es hoy el enemigo más terrible de Dios y de la Iglesia y de las almas, sino la Masonería?

La Masonería, como su verbo el Liberalismo, ha sido ya otras veces denunciada á la execración de los buenos por Su Santidad: mas los públicos Documentos en que hoy se conjura al pueblo católico á guerrear contra ella son de índole tal, como nunca los había oído de tan augusta autoridad la generación presente. Lo que en ellos se enseña y lo que terminantemente se preceptúa no se podrá ya achacar como hasta aquí á intransigencia de escuela, á exageraciones de partido, á rigorismos jansenísticos ó integristas, acusación esta última que va ya pasando de moda, loado sea Dios. Es el Papa quien así habla, es la Iglesia quien así enseña, es el Vicario de Dios quien tal ordena y prescribe. Ya no

cabe aquí para un buen católico otra actitud que la de la obediencia. Se ha hecho imposible aquí el eterno *distingo* católico-liberal; todas las salidas aparecen cerradas al deseoso de hallar tangentes por donde escurrirse; nunca pudo recordarse mejor que en esta ocasión aquel famoso dilema: «O someterse, ó rebelarse.» Ya lo iremos viendo muy serena y desahogadamente, con el favor de Dios.

Ridículo aparecería, más aún que absurdo, el que entre nosotros quisiese eludir lo terminante de las presentes enseñanzas pontificias, alegando que han sido dirigidas al clero y pueblo de Italia... y á nadie más. Hemos oído esta desdichada salida, hija del miedo y de la corajina, y no hemos sabido sino reírnos de compasión. Los principios de doctrina, así como las normas generales de conducta, siempre los ha recibido como dictados para sí todo el pueblo cristiano, aunque hayan sido dirigidos á una sola nación de él ó á una sola Sociedad ó quizá á un solo individuo. Las más serias y trascendentales enseñanzas de Pío IX sobre el Liberalismo y el Catolicismo liberal, fueron casi todas dictadas al pueblo fiel por medio de simples

alocuciones á grupos de peregrinos ó á Asociaciones católicas, ó por medio de cartas particulares á Círculos y personajes. Y no obstante, ¿quién se ha atrevido á desconocer su altísima autoridad?

Más aun. Se concibe que tengan tan sólo aplicación particular á un pueblo ó nación las enseñanzas que se dictan en vista de necesidades ó circunstancias exclusivas de ella. Pero cuando los males que han puesto en boca del Vicario de Cristo tan solemnes palabras, son males que aquejan por igual y en la misma proporción y forma á todos los pueblos del mundo moderno, ¿cómo no ha de considerar éste que también para todo él se ha hablado en la ocasión presente?

España, pues, que no menos que Italia gime tantos años ha bajo la garra feroz de la Masonería; España, cuya atmósfera moral han envenenado en lo que va de siglo las pestíferas influencias de la secta, no puede, no, cerrar los oídos á lo que también para ella tiene, por desgracia, urgentísima aplicación.

—¿Qué queréis decir con esto?

—Nada, sino sencillamente lo que vais á oír.

II

Si es, en efecto, un grave peligro religioso
y social la Masonería



UN es muy común entre ciertos católicos la idea de que la Masonería es enemigo poco menos que inofensivo, ya porque la tal Asociación ó secta no trae la infernal malicia y diabólicos planes que han dado en suponerle los exagerados y siempre pesimistas ultramontanos, ya porque aun cuando hubiese tenido en otros tiempos tales planes y malicia, la condición de los actuales es muy distinta, y ha hecho ya inútiles é ineficaces los procedimientos masónicos. Sin negar que tal vez hoy por hoy se halle la Masonería en cierta aparente decadencia, porque ha engendrado de su seno enemigos si no peores, por lo menos más radicales que ella; eso no obstante, juzgamos pecan de cándidos y de sobrado optimistas

aquellos de nuestros hermanos que no ven todavía hoy en ella el más temible de los enemigos de la fe cristiana y el verdadero autor de todos los padecimientos que aquejan años ha á la por tantos modos crucificada Iglesia de Dios.

El Papa es de este parecer, y el Papa lo sabe más que nadie en el mundo, y así lo declara ante todo él. Con ello debe haber lo bastante para que se den por convencidos los más preocupados en opuesto sentido.

«El alma de todas las antiguas sectas, dice León XIII, hostiles á la Iglesia católica, revive en la conocida hoy con el nombre de secta masónica. Rica en fuerzas y recursos (nótese bien), ataca furiosamente cuanto existe de más sagrado (1).»

No es poco lo que en estas solas frases declara el Vicario de Dios: pero luego concreta más su pensamiento, y se lamenta de la tranquilidad y falsa confianza con que miran este punto muchos católicos, y prosigue así:

«Una mal fundada tranquilidad ha he-

(1) Esta cita y las demás que de Nuestro Santísimo Padre damos en el presente opúsculo, pertenecen todas á las célebres Cartas ó Encíclicas dirigidas por León XIII al clero y pueblo italianos en Diciembre de 1892.

cho algo confiados y poco cautos sobre eso á muchos, por lo que ó no ven la grandeza del peligro ó no lo aprecian conforme á su realidad.»

Tras esto acentúa el Vicario de Dios los tonos lúgubres del cuadro social presente, y sin rodeos ni embozos dice lo que van á leer nuestros amigos, que es de extraordinaria gravedad:

«Exenta de todo miedo y sin ceder ante persona alguna, la secta masónica adquiere cada día mayor audacia; ha invadido á manera de peste las ciudades, y se empeña para introducirse más adentro en las Constituciones mismas de los Estados, con la mira que lleva también en otras partes de arrancar de la nación italiana la Religión católica.»

Esto dice á los Obispos italianos en la Carta especialmente dirigida á éstos; pero en la segunda, en que habla directamente al pueblo fiel de aquella nación, lo pinta todavía con más sombríos colores. Después de una extensa reseña de los males que afligen hoy en Italia á la sociedad religiosa y civil, y que son poco más ó menos los que á ambas afligen en todos los países se-



Logia masónica en operaciones.

ñoreados desde principios de este siglo por tal enemigo, concluye con estas palabras, que puede aplicar desgraciadamente á sí propia cualquiera de las modernas naciones:

«Estos, dice, son los frutos que nosotros, los italianos, debemos á la Masonería, la cual todavía tiene la audacia de presentarse ante nosotros ponderando sus servicios á la nación; todavía se atreve á darnos, y á dar á cuantos oyen nuestra voz y permanecen fieles á Cristo, el calumnioso nombre de enemigos de la patria. Cuales sean los méritos contraídos por la maldita secta en el servicio de la patria, los hechos lo dicen claramente. Y lo que dicen los hechos es que el patriotismo masónico no es sino egoísmo sectario, que arde en deseos de dominación y se enseñorea de los modernos Estados, que en sus manos lo reúnen y lo reconcentran todo. Los hechos dicen que en los designios de la Masonería los nombres de independencia política, de igualdad, de civilización, de progreso, no quieren decir dentro de nuestra patria sino independencia del hombre respecto á Dios, licencia para el error y el vicio, liga de una fracción en daño de los de-

más ciudadanos, manejos de los felices del mundo para gozar de todas las comodidades y delicias de la vida, retroceso de un pueblo, rescatado con la Divina Sangre, á las divisiones, depravación y vergüenzas del Paganismo.

«Y no hay (prosigue) por qué maravillarse de que sea así. Una secta que, después de dieciocho siglos de civilización cristiana, se empeña en abatir á la Iglesia y secar sus divinos manantiales; que, negadora en absoluto de lo sobrenatural, rechaza toda revelación y todos los medios de salud que la revelación nos suministra; que para sus designios y sus obras se funda únicamente en una naturaleza débil y enferma como la nuestra; una secta así no puede ser sino el colmo del orgullo, de la codicia y de la sensualidad. Mas el orgullo oprime, la codicia despoja, la sensualidad corrompe; y cuando estas tres concupiscencias llegan á su grado máximo, las tiranías, las expoliaciones y las corrupciones seductoras se desarrollan y adquieren tan enorme magnitud, que se resuelven finalmente en opresión, en expoliación, en fuente de corrupción de todo un pueblo.»

Bastante llevamos extractado para evidenciar hasta qué punto da importancia á la Masonería y á sus trabajos quien no sólo por la especial asistencia del cielo, sino por el más elevado lugar que ocupa en el teatro de las luchas contemporáneas, tiene voto más autorizado que nadie para señalar ciertos peligros y dar la medida de su magnitud y alcance. Nadie presuma en eso ver más claro y de más lejos que el Vigía divino por tantas y tan extraordinarias luces auxiliado. Muy pavoroso es, ciertamente, lo que con tanta insistencia asegura. Pero mucho debe de serlo en realidad cuando para conjurarlo dicta y prescribe las reglas de conducta que vamos á exponer á nuestros lectores, y de las que lo hasta aquí indicado no han sido más que puntos de partida ó considerandos. Bien puede afirmarse que la gravedad de la crisis religioso-social por que atraviesa hoy la sociedad contemporánea, y los insondables abismos de lo desconocido en que amenaza derrumbarse, muéstralos aún más que el terrible diagnóstico de la enfermedad, lo desusado y excepcional de la medicación que prescribe el único que puede salvarla si no quiere ella renunciar á toda esperanza.

III

Cómo hay que precaverse de los lazos de la Masonería.—La Masonería y la sociedad doméstica.



UESTO fuera de toda duda el peligro real, demasiado real ciertamente, que por parte de la Masonería amenaza de continuo al pueblo cristiano; dada certificación por quien puede oficialmente darla de que no es su existencia mito ó aprensión ó vano fantasma, como tantas veces han querido hacernos creer ciertos católicos demasiado amigos de la paz, y por tanto sobradamente interesados en pintarnos á nosotros como pesimistas y asustadizos; entra el Soberano Pontífice á señalar normas á los fieles, para conducirse en las circunstancias verdaderamente críticas en que va entrando la Iglesia de Dios.

Primeramente, normas para precaverse

de la influencia masónica y de sus ocultos lazos. Esto diremos hoy.

En segundo lugar, normas para combatir esta influencia, y aminorar por lo menos su estrago en la sociedad de nuestros días. En esto nos ocuparemos otro día.

Cuanto á lo primero, establece el infalible Maestro como criterio general para los buenos católicos de hoy, rodeados como andan de continuas asechanzas, el de una exquisita prudencia que raye, por decirlo así, en los límites de un constante recelo y desconfianza. Si nosotros escribiéramos por vez primera un párrafo como el que vamos aquí á reproducir literalmente de la Carta de Su Santidad, diría alguno que renovábamos las feroces doctrinas de *El Liberalismo es pecado*, y que á la legua se nos echaba de ver la manía de un exagerado puritanismo. Por suerte no es así, y la primera de las reglas concretas que vamos á señalar aquí, por intransigente que parezca á muchas personas harto bien halladas con las tolerancias del siglo, no es nuestra, sino de nuestro supremo Maestro. Dice de esta suerte:

«Guárdense los padres de familia de re-

cibir en sus casas y de admitir á la intimidad de la confianza doméstica á personas desconocidas ó no bastante conocidas en lo tocante á Religión; procuren *inquirir* primero si con carácter de amigo, de maestro, de médico, ó cualquier otro semejante no se disfraza algún astuto reclutador de la secta.»

He aquí la primera base de la estrategia católica para el combate antimasonico de hoy; el principio de la Inquisición, trasladado al hogar de la familia cristiana de nuestros días; el santo oficio de inquisidor doméstico, ejercido por el jefe de ella con respecto á todo elemento extraño que en la misma pretenda ingerirse; el salvador sistema inquisitorial en toda forma, aplicado en reducida escala á la sociedad doméstica por su gobernante, ya que á la sociedad civil rehusan aplicarlo como debieran los que llevan las riendas de él.

¿Escandaliza la proposición? ¿Hace poner los pelos en punta la palabra? Pues seamos hasta en eso condescendientes; borremos la palabra, con tal que quede la cosa y se cumplan los deseos de Su Santidad.

¿Cuáles son éstos? ¿Qué quiere, ó mejor, qué ordena el Vicario de Dios?

Quiere que en toda casa católica se cierren estrechamente los muros y fronteras de ella para el trato familiar, no solamente á todo aquel que sea conocido formalmente por masón, sino aun á los que no traigan bien aseguradamente limpia su patente de verdaderos hijos de la Iglesia, sin sospechas de que puedan ser otra cosa. Es una perfecta *ley de sospechosos* en buen sentido, y tal como lo exige el presente crítico estado del Catolicismo en nuestros días. En plaza sitiada por el enemigo no suele regir más ley que ésta, y hoy es plaza en estado de sitio la casa, digo poco, el alma de todo fiel. Quiere por tanto el Papa que no rija menor severidad para la defensa de la bandera de Cristo, que la que estiman necesaria la lealtad y el pundonor meramente humanos para la defensa de cualquier bandera terrena. Quiere que el padre de familia mande en la suya, como jefe de ciudad sitiada y de continuo cañoneada por fuerzas rabiosamente hostiles á su Rey Jesucristo. Quiere que á todo extraño se dé inmediatamente el ¿quién vive? y si no

contesta á plena satisfacción, si es turbia ó vacilante la respuesta, se le cierre sin contemplaciones el rastrillo y se le levante el puente y se le enfile la batería. Eso se llama guardar la plaza: otra conducta que se observe es sencillamente la de un traidor.

Inquirir debe, en consecuencia, el buen católico quién entra y sale de su hogar, y quién habla y ríe con sus hijos y dependientes, y debe llevar este criterio *inquisitivo* (ya no le llamaremos inquisitorial, aunque suene lo mismo), hasta el punto de recelar y desconfiar del médico y del maestro, si no dan pruebas fehacientes de ser buenos católicos, ¡nótese bien! aunque no sea evidente su heterodoxia, bastando solamente que sea desconocida ó no bastante conocida su ortodoxia. Vuélvase á leer el texto de Su Santidad.

«Guárdense (forma severamente prohibitiva) los padres de familia de admitir en sus casas y á la intimidad de la confianza doméstica á personas desconocidas (y esto aun es poco) ó no bastante conocidas en lo tocante á Religión: procuren *inquirir* primero si con su carácter de amigo, de maes-



Un padre de familia rasgando un libro masónico.

tro, de médico ó cualquier otro (de periódico ó de libro por ejemplo), no se disfraza algún astuto reclutador de la secta.»

A lo cual añade en seguida el vigilantísimo universal Pastor este sentido epifonema:

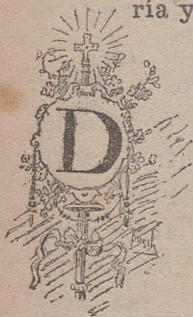
«¡En cuántas familias ha penetrado el lobo vestido con piel de oveja!»

¡Oh! sí, repetiremos nosotros y repiten cien y cien voces amaestradas por crueles desengaños; ¡en cuántas ha entrado así el diablo con capa de honrado, logrando á la postre alzarse con el mando y arrojar ignominiosamente de ellas á Dios Nuestro Señor!



IV

Prosigue la misma materia.—La Masonería y los Centros corporativos



En la sociedad doméstica á la Asociación filantrópica, literaria ó simplemente recreativa no hay más que un paso. Tan general se ha hecho en nuestros días pertenecer á un centro cualquiera de éstos, aun en daño muchas veces de lo que se debe á la casa y familia propias, casi siempre perjudicadas con la afición desmedida á la casa y familia postizas, que el Papa no ha podido descuidar este punto en su citada Carta sobre los peligros de la Masonería.

Oigan todos como habla de eso Su Santidad:

«Bella cosa es la suma variedad de Asociaciones que, en toda clase de conexiones sociales, con prodigiosa fecundidad surgen

hoy por doquiera: Sociedades obreras, de socorros mutuos, de previsión, de ciencias, de letras, de artes, y otras de parecida índole, que cuando están informadas de buen espíritu moral y religioso, son verdaderamente útiles y oportunas. Mas porque también en ellas, muy especialmente en ellas, ha penetrado y penetra el veneno masónico, ténganse generalmente por sospechosas y evítense aquellas que, substrayéndose á toda influencia religiosa, pueden fácilmente estar más ó menos dirigidas y dominadas por los masones, como asimismo aquellas que prestan auxilio á las sectas, de las cuales puede decirse que la sirven de plantel y preparación.»

Por gráfica manera resultan señalados aquí una gran parte de los *Centros* que bajo distintos nombres y formas son hoy día para el pueblo católico la más espantosa calamidad. Sólo quedan exceptuadas de la nota de sospechosas las Asociaciones «informadas de buen espíritu moral y religioso,» quedando explícitamente declaradas vitandas las que «se substraen á la influencia de la Religión.»

¿A dónde vamos á parar? exclamará al-

guien al considerar lo vasto de la extensión que abarcà esta especie de general anatema del Vicario de Cristo contra la mayor parte de los Círculos y Asociaciones mundanas. Pues qué, replicaremos nosotros, ¿acaso no es públicamente conocida la desastrosa influencia que en el pueblo cristiano ejerce tanta multitud de Centros, Círculos, Academias, Ateneos, Casinos, de donde está ignominiosamente proscrito como cosa de mal gusto el nombre de Dios; en cuyos Reglamentos se consigna, taxativamente algunas veces, estar prohibida toda cuestión religiosa; en cuya mesa de periódicos ó salón de lectura son admitidos sin distinción toda clase de libros y Revistas, estando muchas veces precisamente excluídas las únicas que allí debieran autorizarse, á ser aquello una Sociedad cristiana? ¿Y no tiene hoy cada villorrio, por miserable que sea, un Centro de esos, aunque tal vez no tenga Casa Consistorial ó escuela? ¿Y no cuenta varios cada villa ó pequeña ciudad, é infinitos, uno en cada calle, cualquiera de nuestras grandes capitales?

La costumbre de vivir en esa atmósfera

que tantos y tan poderosos focos de infección están de continuo envenenando, nos ha hecho casi insensibles á tales miasmas, mas no por eso son ellos menos funestos. No son logias masónicas todos los Centros sin Religión que á cada paso tienen abiertas sus fauces para devorar la juventud en nuestras poblaciones; no son, repetimos, logias masónicas, pero son, sí (el Papa lo dice), «plantel y preparación» de futuros masones. Y tal vez, y sin tal vez, tememos más para ciertas almas incautas la influencia de esos Centros que se contentan con prescindir de cosas de curas, que no la de aquellos otros que clara y desembozadamente guerrean contra Dios. En éstos, el ateísmo en su forma aguda hiere el buen sentido, ataca el decoro, repugna á las mismas conveniencias sociales, por lo cual es repulsivo y antipático á todo corazón no absolutamente corrompido. En aquéllos, por el contrario, el ateísmo viste bien y se hace aceptable aún por muchos que se horrorizan de pasar por ateos, pero que acaban por serlo en la práctica como los otros, sin darse cuenta ellos mismos, y por ende sin la ventaja del remordimiento.

¡Ah! Bien conoce el Papa á la sociedad actual, según la está exactamente fotografiando. Asociaciones, dice, obreras, de socorros mutuos, de previsión, de ciencias, de letras, de artes, «cuando están informadas de buen espíritu moral y religioso» son útiles y oportunas: pero ténganse por sospechosas y húyase de ellas «si se substraen á la influencia religiosa,» como por desgracia en la mayor parte de ellas sucede, aunque no se declaren formalmente anticatólicas.

No predica esto (repárese bien) un cualquiera fanatizado clerical ó ultramontano. Lo enseña el universal Maestro, lo manda el Vicario de Cristo Nuestro Señor.



V

La Masonería y la beneficencia



AS señoras, prosigue el Papa, no han de inscribirse fácilmente en las Sociedades filantrópicas cuya naturaleza y objeto no sean bien conocidos, sin aconsejarse primero de personas doctas y experimentadas, ya que frecuentemente sirve como de pase á la mercancía masónica esa charlatanesca filantropía que pomposamente se suele oponer á la caridad cristiana.»

No es nueva esta observación del Vicario de Dios sobre los peligros de la falsa caridad, pero es de índole tal, que nunca ha de juzgarse sobradamente repetida.

El sentimiento más á propósito para servir de máscara y cobertor á cualesquiera siniestras intenciones, es el tan simpático de la beneficencia y del socorro á nuestros hermanos. Es tan dulce el hacer bien, y es

tan noble y responde además tan maravillosamente á los más elevados impulsos del corazón humano, aun en medio de sus mayores extravíos, que eso mismo le hace más expuesto que ninguna otra cosa á servir de anzuelo para determinadas seducciones. Se nos figura á primera vista imposible pueda esconderse mira alguna diabólica en cosa tan hidalga y cristiana como es auxiliar al prójimo en una necesidad. Al son de esta palabra se olvida todo, y se cree el buen corazón como obligado á prescindir de todo y á no escrupulizar en medios, pareciendo todos lícitos y honrados como conduzcan á tal fin.

Y ahí está precisamente la trampa y engaño de Satanás y de su instrumento la Masonería. Apoderarse de esta tendencia nobilísima del corazón humano en pro de sus semejantes; explotarla en beneficio propio, y en oposición á Dios y á la Iglesia, sin que lo advierta muchas veces el mismo que es víctima de la explotación; he aquí uno de los procedimientos más frecuentes de la secta y del que, por desgracia, más seguros resultados obtiene. Para ello sírvenle admirablemente las ordinarias necesidades y miserias de la humanidad; pero su campo



de operaciones más abonado son las grandes catástrofes y las públicas desventuras. Entonces hace su agosto infernal el padre de la mentira, y entonces es doloroso, es vergonzoso más aún que doloroso, ver á millares de cristianos que sin linaje alguno de aprensión se apresuran á hacer el juego á los enemigos de su alma y de su fe. Hemos tenido la desdicha de poder presenciario más de una vez en estos últimos años, fecundos como es sabido en toda clase de calamidades, como terremotos, inundaciones, epidemias, guerra civil, etc., y siempre hemos observado lo mismo: la Masonería acudiendo presurosa con su reclamo de humanitarismo y de filantropía, y católicos en gran número, excelentes católicos á veces, picando incautos el cebo traidor y figurando en listas, Juntas y subscripciones, bajo una bandera que no es la de su Dios y Señor Jesucristo, sino la de su abominable rival y odioso enemigo Lucifer.

¿Qué señas, se preguntará empero, pueden darse para no caer en lazo tan pérfidamente dispuesto como el de que tratamos?

Regla general hemos de indicar aquí, que no es sino de buen sentido práctico, y es la siguiente:

Considerar que comúnmente no es de Dios sino lo que se obra en nombre *suyo*, y por personas y por medio de obras reconocidamente *suyas*, y sin intervención alguna de las que no quieren en modo alguno ser *suyas*.

Descomponiendo esta fórmula, podemos declarar sospechoso de inspiración masónica, ó de Masonismo latente por lo menos, todo llamamiento ó excitación á obra de beneficencia, en los casos siguientes:

1.° Cuando no se cita para nada en tal excitación el Nombre Santísimo de Dios y de su Hijo Jesucristo y de su Iglesia, aunque vagamente se hable allí de Providencia, Sér Supremo, Criador ú otra palabra á cuyo sentido no siempre es ajeno el Naturalismo humanitarista, dogma fundamental de la Masonería.

2.° Cuando descaradamente se mezclan en el personal que firma la excitación ó compone la Junta iniciadora ú organizadora, nombres de sujetos representantes de colectividades ó Asociaciones ó escuelas opuestas formalmente al Catolicismo, como son profesores de escuelas laicas, directores de periódicos impíos, ministros de cul-

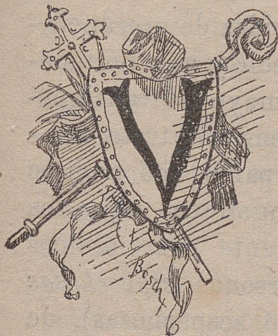
tos disidentes; y esto, aunque á par de ellos y hasta en lugar preferente se pretenda colocar á personajes católicos y hasta de cierta significación en la Iglesia de Dios.

3.º Cuando para obtener el resultado *material* de la obra benéfica se echa mano de expedientes poco ó nada conformes con la moral cristiana, aunque no sean descaradamente inmorales, sino solamente *mundanos*, como son ciertos espectáculos, kermesses, corridas de toros, bailes, y por regla general todo lo que sabe á pública diversión.

Las señoras, gracias á su corazón sensible, son las más fácilmente sorprendidas en su buena fe por esas artes del diablo, que ya desde los tiempos de Eva acostumbó servirse de ellas como de la mejor caña de pescar incautos. Las deslumbra y seduce además con el atractivo de la exhibición pública en Juntas y periódicos, que para muchas es pasión poco menos que irresistible. He aquí por qué nuestro Santísimo Padre en este párrafo, corto pero de gran alcance, se dirige especialmente á ellas, sin nombrar á los varones, aunque pueden pagar también tributo, y lo pagan frecuentemente, á ese engaño de la falsa caridad.

VI

La Masonería y el trato social



ALIÉNDONOS de una frase muy gráfica, pero nada irreverente por más que sea muy familiar, podríamos decir que el Papa, en los sucesivos párrafos del Documento que estamos analizando, va dando cada vez una vuelta más al tornillo, y acentuando con mayor ahinco el rigor de sus prescripciones preventivas contra la Masonería.

«Con persona (dice) sospechosa de pertenecer á la Masonería ó á alguna Sociedad que dependa de la misma, guárdense todos de tener amistad ni intimidad, y conociéndola por sus frutos, huyan de su lado. Y no sólo de los que francamente impíos y libertinos, llevan en la frente el sello de la secta, sino que también ha de

evitarse el trato familiar de los que, bajo la careta de universal tolerancia y de respeto á todas las religiones, se empeñan en conciliar las máximas del Evangelio y las máximas de la Revolución, Cristo y Belial, la Iglesia de Dios y el Estado sin Dios.»

¿Se quiere mayor rigidez de precauciones, y estábamos por decir y aun no tenemos reparo en decirlo, mayor intransigencia? Hasta la amistad, hasta el trato íntimo, hasta el social compañerismo prohíbe el Vicario de Cristo tengan sus hijos los católicos, no ya solamente con públicos masones, sino con personas *sospechosas* (repárese bien, tan sólo sospechosas), de pertenecer no ya á la Masonería, sino aun á «alguna Sociedad que dependa de la misma.»

No pocos de nuestros hermanos en la fe, quizá algún tanto relajados ó entibiados en su profesión social, creyeron tal vez que aquellas severas leyes del apóstol San Pablo y del apóstol San Juan, tratándose de herejes, en que ordenan no alternen con ellos los fieles (*Ne commisceamini*), y que no les devuelvan el saludo (*Nec ave ei dixeritis*), habían dejado ya de ser dic-

tadas por el Espíritu Santo, y caído por tanto en desuso y pasado á la categoría de preocupaciones de otros siglos menos liberales é ilustrados que el actual. ¡Huir el trato de un prójimo sólo porque es enemigo de la fe! ¡Desviarle el rostro y no dirigirle el saludo, dando por mal empleado en el mismo el Santo Nombre de Dios! ¡Oh! Esto no pudo ocurrirles más que á fanáticos integristas, españoles por añadidura, que deben de ser la flor y la crema del fanático integrismo. Y sin embargo, á lo mejor sale y repite esta doctrina y recuerda el vigor de esta ley y encarece su estricta observancia el esclarecido León XIII, en términos tan claros y expresivos y terminantes, como no pudo jamás imaginarlos de mayor severidad el más calificado ultramontano. Aunque, á decir verdad, toda extrañeza es aquí ridícula para quien no ignore lo que es la Iglesia de Dios. ¿Cuándo ha dejado de ser ésta la más genuína personificación del más puro ultramontanismismo?

Tales reglas de conducta hemos, pues, de observar los católicos con los masones y masonizantes, y con los centros en que

vive y alienta la inspiración masónica, sea cual sea su manto y disfraz. Reduciéndolo á fórmula más sencilla, podríamos decir que hemos de tratar como enemigos nuestros personales á cuantos lo son de nuestro Dios y de nuestra fe. Y ciertamente que el mero instinto debiera dictar ya á todos esta regla, aunque no la hubiese dictado el Papa, si no fuese lastimosa verdad que en tratando de asuntos de Religión pierden muchos hombres hasta el natural buen sentido que en los asuntos humanos emplean admirablemente.

Porque ¿dónde se ha visto sino en el código de la tolerancia de ciertos católicos de hoy, que sea posible á cualquiera vivir en buenas relaciones de paz y aún de amistad con los públicos y declarados enemigos de su familia, de la honra de su madre y de los intereses de sus hermanos? ¿Qué suerte de amor es ese que sabe amar á un objeto y juntamente á su contrario, contra toda ley de lógica del entendimiento y del corazón? Fuerza es convenir en que no se ama de veras á ninguno de los dos opuestos cuando así se dice que se ama á ambos, ó que se engaña miserablemente á uno de

los dos. El Papa vuelve, pues, por los fueros de la verdad y por las más irascitivas leyes del afecto, ordenando la aversión, el desafecto hacia los que son enemigos de lo que hemos de querer por todos amado y servido y reverenciado. Manda, repetimos, que tratemos en cierto modo como enemigos personales nuestros á los enemigos de nuestra fe. Y aun hemos dicho poco. Manda que los miremos con mayor aversión que si fuesen enemigos personales nuestros, por la muy sencilla razón de que á Dios le hemos de amar, no como á nosotros mismos, sino más que á nosotros mismos, y de que al agravio personal podemos (y en ciertos casos debemos) mostrarnos indiferentes, nunca empero al agravio de nuestro Soberano Señor.

Hasta aquí parece haberse dicho lo sumo en esta materia, y creyérase ya llevada á su último extremo la intolerancia. Y sin embargo, no hay tal. Es decir, hay todavía mucho, muchísimo más. Vuelvan á leer nuestros amigos el párrafo transcrito de la Carta de Su Santidad al pueblo italiano, y fíjense en estas sus últimas palabras:

«Y no solamente ha de evitarse el trato familiar de los que francamente impíos y libertinos llevan en la frente el sello de la secta, sino el de los que bajo la careta de universal tolerancia y de respeto á todas las religiones se empeñan en conciliar las máximas del Evangelio y las máximas de la Revolución, Cristo y Belial, la Iglesia de Dios y el Estado sin Dios.»



VII

La Masonería y las conciliaciones



ONCILIACIÓN! He aquí la gran palabra, la palabra del siglo, la palabra mágica adormecedora de convicciones y conciencias, cebo del enemigo para llevar á quien se deje halagar por él á toda clase de abdicaciones y á la misma apostasía. ¡Conciliar! ¡Conciliarse! No se dice nada en apariencia cuando eso se dice, no se pide nada á primera vista cuando eso se propone; y sin embargo, apenas puede presentársele al cristiano de hoy tentación más grave que ésa, apenas hay riesgo de que deba huir con más presteza y mirar con mayor horror.

Conciliación es, en primer lugar, un fácil recurso con que disimular el escepticismo intelectual y la pobreza ó carencia

de convicciones fijas. Al que nada piensa ó nada tiene averiguado sobre ciertas materias, cuéستale poco ceder de su juicio en ellas, para en todo ó en parte acomodarse al de los demás. Es como un jugador de mala fe, que juega sin dinero. Poco aventura en la partida, pues no tiene en ella que perder.

Conciliación es, en otros, expediente para encubrir la debilidad de carácter. Tal vez se tienen convicciones, pero no fortaleza de espíritu para sostenerlas, y afrontar las contrarias. Es falta de virilidad y sobra de cobardía. Es encogimiento del alma, es endeblez de temperamento moral, es cualquier cosa menos buen temple del alma cristiana. Es enfermedad del corazón, como la anterior es enfermedad de la inteligencia.

Conciliación es á veces cosa todavía más ruín y fea. Es amor á la paz por conveniencia; es horror á lo que impone lucha; es egoísmo que busca ante todo el sosiego propio y el buen dormir y la digestión tranquila y el no inquietarse por nada ni por nadie.

Conciliación es quizá algo aún de peor índole que lo anterior, porque más que

vicio es cálculo. Es deseo de vivir bien con todo el mundo, para de todo sacar algún provecho; es buscar una postura que permita explotar á la vez los beneficios que pueda producir el campo de la verdad y el de la mentira, que para algunos no son tal mentira ni tal verdad, sino en cuanto producen ó no producen en interés propio. Es juego de dobles cartas con que no se engaña á uno de los bandos en odio al otro, sino que se engaña á ambos para usufructuarlos en utilidad del hábil explotador.

Por estas cuatro razones, la conciliación es el falso dios del siglo, á quien rinden ignominioso culto las muchedumbres de él. Algunos sostienen hasta con lujo de teorías este vil linaje de idolatría; otros, sin teorizarla, se contentan con ejercerla más ó menos industriosamente en la práctica. Pero en todos conceptos éste es el gran enemigo, el peor enemigo, que tiene en nuestros tiempos la causa de la verdad. La mitad de las presentes confusiones en que anda envuelto el mundo débese á la artera y maquiavélica maquinación conciliadoresca. Suprímase el conciliadorismo, lógrese de una vez que se vean cara á cara la ver-

dad y el error con la propia y genuína fisonomía de cada cual, y es cuestión de breves momentos dejar terminada con el más feliz éxito la eterna contienda. La eternizan los falsos términos medios, encubriendo con sombras y tintas simpáticas el feo visaje del error y del mal, á la vez que paralizando y entorpeciendo con mil suertes de trabas y ataduras la franca y arrolladora acción del bien. El conciliador logra, con pretextos de moderación, detener el empuje de los buenos que sería decisivo, á la vez que hace caer las armas de las manos á los más valerosos, cansados por la ineficacia de sus esfuerzos más que por las fatigas reales de la brega. Con lo cual, además, introduce en las filas de éstos la desconfianza, por el desengaño con que se ven frecuentemente sorprendidos al ver que se da abrazo de buenos hermanos á quienes en el fondo no son más que solapados enemigos.

Diga quien algo sepa de ciertas cosas, ¿no es éste el doloroso espectáculo de nuestros combates de hoy?

Razón tiene, pues, nuestro Santísimo Padre León XIII en clamar contra la falsa

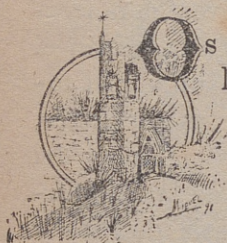
conciliación y los falsos conciliadores, y en prevenirnos contra ellos, no menos que contra la misma nefanda secta, de la que son los más positivos auxiliares y aliados.

«No sólo (dice el Vicario de Dios), no sólo ha de evitarse el trato familiar de los que, francamente impíos, llevan en la frente el sello de la secta, sino que también el de los que, bajo la careta de universal tolerancia y de respeto á todas las religiones, se empeñan en conciliar las máximas del Evangelio y las máximas de la Revolución, Cristo y Belial, la Iglesia de Dios y el Estado sin Dios.»

No pueden decirse en menos palabras más grandes cosas, y difícilmente se hallará en Documento pontificio alguno sentencia más radical contra la peor de las manías y locuras de nuestro siglo. El buen cristiano no debe conciliarse con nada ni con nadie de lo que aborrece ó tiene en menos estima su Dios y Señor. Por esto, cuando se propone ó se aconseja en estos asuntos tolerancia, comedimiento, conciliación, sería más lógico ahorrar palabras y circunloquios, y proponer y aconsejar lisa y llanamente traición y apostasía.

VIII

Recapitulación



s habéis enterado, cristiano lector, de cuál es la voluntad del Papa tocante á nuestro asunto?

—Así, así.

—Ya lo veis. De lo hasta aquí expuesto dedúcese claramente qué clase de importancia da el Jefe soberano de nuestras almas al combate antimasonónico de hoy.

—Es forzoso convenir en que se la da altísima y de primordial trascendencia.

—Decís muy bien, y no parece sino que todo lo demás que en el mundo se debate actualmente, es nada á sus ojos fuera de esto, ó que sólo por la relación oculta ó manifiesta que con esto tenga, adquiere á sus ojos algún valor. Se ha llegado, reparadlo, á los términos más radicales del problema religioso-social. Debátese, en efecto,

nó otra cosa sino si ha de ser cristiano el mundo ú otra vez pagano; si ha de perseverar firme la conquista y posesión que de él tomó Nuestro Señor Jesucristo, á costa de su Sangre preciosísima, ó si ha de volver otra vez la sociedad á ser feudo del demonio, como fué desde el pecado de Adán hasta la hora felicísima de su redención en el Calvario.

—Ciertamente, y no se concibe de otra manera lo gigantesco de la lucha actual, que no tiene por teatro un solo reino ó una sola provincia, sino todo el mundo conocido, y toda raza viviente en las cinco partes de él.

—Ni se comprende, amigo mío, más que mirándolo así, el misterio espantoso de la unidad siniestra que nunca lograron las herejías de los pasados siglos, y que en el presente opone al Centro de unidad del Catolicismo otro centro de unidad anticatólica y satánica, que no es dado concebir sino por un tenebroso sobrenatural poder, que da fórmula común á todos los ideales perversos, y común objetivo á todos los esfuerzos del mal.

—Sí, sí; mucho da que pensar todo eso,

y eso sin duda es lo que con mirada de águila ve el Papa desde sus alturas y nos señala á nosotros sus hijos mucho tiempo ha.

—Pues, está claro. Voz de Dios es hoy como siempre la voz del Papa, por más que el mundo se obstine en no comprenderlo así. Dios, Dios solo puede salvar su obra y mantenerla en pie á despecho de tantos y tan fieros embates; y Dios, Dios solo la salvará. Mas para su gloria y para algún merecimiento nuestro quiere asociarnos á El y que combatamos á su lado, y compartamos acá su cruz de ignominia y luego su corona de victoria. La infernal maquinación conjurada para borrar su Nombre de la faz de la tierra la lleva adelante Lucifer por medio de hombres que ha reclutado para formar su hueste anticristiana; no quiere reñir cuerpo á cuerpo la batalla con su Dios y Señor, del cual fué ya una vez vencido; quiere que por él la riñan los hombres miserablemente engañados, con lo cual, ya que no pueda lograr su objeto primario, que es destruir el reino de Cristo, logrará, por lo menos, el secundario, que es arrebatarle almas y ultrajar en ellas

la imagen divina que traen impresa; y asociarlas á su eterna desventura. Por razón análoga, aunque inversa, no quiere Cristo-Dios vencer otra vez por sí mismo, sino por medio de nosotros á su obstinado contradictor. En nosotros ha delegado, por decirlo así, su divina representación, á nosotros ha transferido su causa, por nosotros quiere sea otra vez humillada y reducida á morder el polvo la antigua serpiente. Con ello resulta más enaltecida su divina gloria, y adquirimos nosotros el sublime derecho de ser partícipes de la misma. Otra vez el Divino Batallador *non in sua majestate, sed in nostra concreditur humilitate*, como á diferente propósito dice San León Magno en su Homilía de Navidad.

—Nos honra en gran manera presentándonos de esta suerte en línea de combate, como otros Cristos, blanco de la ira infernal, y le honramos nosotros si dignamente sostenemos el empeño, y á costa de cualquier sacrificio, aun de la propia vida, mantenemos en el campo izada su gloriosa bandera.

—Indudablemente. Y en este sentido nos exhorta á vivir prevenidos y descon-

fiados y ojo avizor su lugar-teniente en la tierra y visible capitán nuestro, el Romano Pontífice, en los textos hermosísimos que hemos venido comentando hasta aquí en lo que se refiere á la parte que podemos llamar *defensiva* de esta singular estrategia. Al paso que en lo que, con el favor de Dios, pensamos exponer otro día, nos lanza á una resueltay valerosa *ofensiva*, contra el rabioso enemigo que os acabo de indicar.

—¿Prometéis, pues, una como segunda parte de este opúsculo?

—Sí, y será para uno de los próximos meses, con el favor de Dios.

Sabadell, 1896.

A. M. D. G.

FA-599-(10)

EL
SANTÍSIMO ROSARIO

POR

CAMPAZAS



CON LICENCIA ECLESIASTICA



BARCELONA.—1896

LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5

R. 25340

MCD 2022-L5

«¡Mansión de los amores, de las delicias nido,
Rival afortunada del suelo en que nací;
Si en Cuba no naciera... quisiera haber nacido
Bajo el ardiente cielo que te cobija á tí!»

¡Ven, hermana mía muy amada! Venid todos,
que mi hogar y mi cariño os espera... el pobre
Federico parece rejuvenecerse y aliviarse con la
promesa de vuestra visita, y hacemos todos mil
deliciosos proyectos que pronto serán realida-
des... Aquí practicaremos el bien, porque hay an-
cho campo para nuestro celo, y faltan obreros en
la viña del Señor... ¡venid, y veréis qué felices so-
mos en esta soledad, lejos del atronador bullicio
de las grandes capitales, tranquilos con la se-
guridad de que vivimos á la sombra del santua-
rio, siguiendo la Ley de Dios y llamándonos á
boca llena católicos de verdad!...

Siempre tuya,

CONSUELO.



PROPAGANDA CATÓLICA

POR D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY, PBRO.



Consiste esta importante obra, en la actualidad, de ocho tomos, que contienen las materias siguientes:

El I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera*; El II, Opúsculos varios; El III, Un Año sacro ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano; El IV, Más opúsculos; El V, Artículos político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el periodismo y la Propaganda; El VI, el Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias; El VII, Nuevos opúsculos, y el VIII varios de los artículos del señor Director de la *Revista Popular*, que más permanente interés ofrecen para la controversia de nuestros días.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.º, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en tela y plancha dorada. Francos de porte por correo. Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona, y en casa los señores Corresponsales de la misma.

BIBLIOTECA DEL HOGAR

Serie de novelitas de sana tendencia moral, en 8.º mayor, con licencia eclesiástica, ilustradas con profusión de dibujos por distinguidos artistas:

Van publicadas las siguientes:

No más mostrador, por D. Francisco de Paula Capella, á 75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela con plancha dorada.

Espera, por Aurora Lista, á 75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.

Sin Dios, por Raquel, á 75 céntimos en rústica, y 1'25 ptas. en tela.

La Gitana, ó una aventura en los Pirineos, por D. Francisco de P. Capella, á 75 cénts. en rústica, y 1'25 ptas. en tela.

Cadena de oro, por Aurora Lista, á 1'25 ptas. en rústica, y 1'75 en tela.

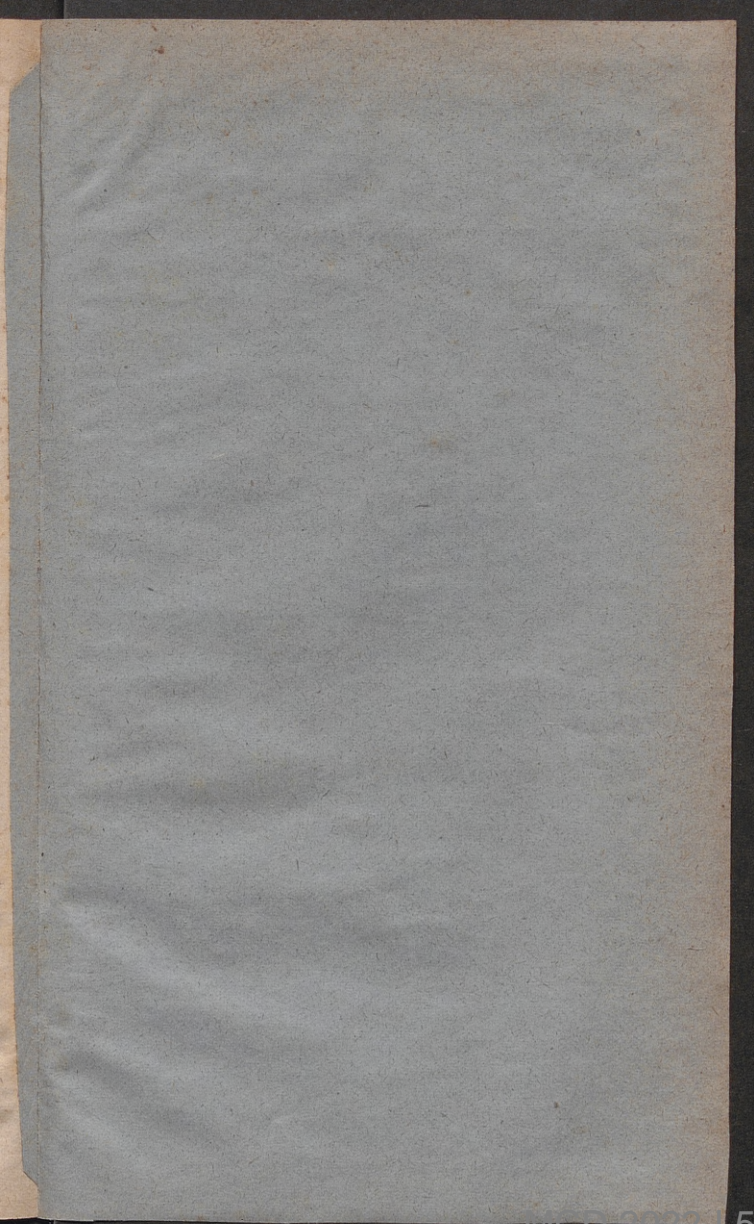
La Perla preciosa, por Matilde Bourdón, á 75 céntimos en rústica, y 1'75 ptas. en tela.

La Firma del Banquero, por Aurora Lista, á 50 céntimos en rústica, y 1 pta. en tela.

Anisia, ó una virgen-apóstol del siglo IV. Novelita histórica, á 50 céntimos en rústica, y 1 pta. en tela.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Casals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona, acompañando su importe en letra, libranza ó sellos, certificando en este último caso la carta.

También se halla de venta en casa de los Corresponsales de dicha Casa.



MCD 2022-L5



ARCHIVO
MARIANO

—
Biblioteca

VOLUMEN N^o 2972